

Castellano, español y americano en las ferias de libros¹

Castilian, Spanish and American in the bookfairs

Alberto Gómez Font*Filólogo y miembro correspondiente de la ANLE*

En las ferias de libros de los países hispanos comparten espacio en las casetas, en los pasillos y en la cafetería gentes llegadas de todos los confines del español, presentes en carne y hueso, o bien presentes en los libros que han sido elegidos para ser mostrados y vendidos durante los días que dura el acontecimiento.

Una gran parte de los libros expuestos en esas ferias están escritos en castellano, en español, en americano (quiero reivindicar este nombre para los hermanos de lengua del otro lado del Atlántico), es más, muchos de ellos están escritos por americanos, y nosotros los leemos en España con la misma facilidad que si hubieran sido escritos en estas tierras. Otros fueron escritos en otras lenguas y luego vertidos a la nuestra por unos especialistas conocidos como traductores, entre los que también hay gentes de ambos lados del Atlántico. En las ferias de libros conviven en armonía muchos tipos de español, desde la Patagonia hasta Chicago, pasando por las Antillas, Guinea y las Canarias, y, cómo no, el español peninsular, tanto de Murcia como de Zaragoza o de Badajoz.

Nacido en Castilla, el castellano terminó convirtiéndose en español, y con ese nombre es con el que es conocido en las lenguas de otros países: italianos, franceses, alemanes, ingleses, árabes, turcos, finlandeses, holandeses, búlgaros y otros muchos hablantes de diversos idiomas llaman *español* a la nuestra. Y cuando el castellano ya se había convertido en español ocurrió otro cambio muy importante en su historia: se mudó de España a las Américas y pasó a ser una lengua americana. Y hoy es allí donde más se habla, allí están nueve de cada diez hablantes, y el resto, solo uno de cada diez, se reparte entre las islas Canarias y la Península.

Castellano y español son dos nombres para un mismo idioma, si bien el nombre internacional, en otros idiomas,

Director del Instituto Cervantes de Rabat desde el 2012 hasta el 2014; coordinador general de la Fundación de Español Urgente (Fundéu) desde el 2005 hasta el 2012. Es filólogo, barman, miembro correspondiente de la Academia Norteamericana de la Lengua Española, fue durante años miembro del Departamento de Español Urgente de la Agencia Efe y de su del Consejo asesor de Estilo. Profesor invitado en universidades de España, Alemania, Hispanoamérica, los EE. UU. y Marruecos. Miembro del colectivo Palabras mayores (www.palabrasmayores.org). Es autor del Diccionario de Español Urgente, de Donde dice... Debiera decir... y de Español con estilo; coautor del Manual de Español Urgente y de la Enciclopedia del Español en los Estados Unidos. Intervino como colaborador en el Diccionario Panhispánico de Dudas y en la última (23.ª) edición del Diccionario de la Lengua Española.

C.e.: albertogomezfont@gmail.com

¹ Discurso-pregón de inauguración de la Feria del Libro de Valladolid.

es siempre el equivalente a *español*: *Spanish, espagnol, spagnolo, spanska, spanja, isbaniya, spaans*, etc. En Hispanoamérica y en los Estados Unidos hay partidarios de llamarlo *castellano* y partidarios de llamarlo *español*, y en ambas posturas hay siempre cuestiones políticas e históricas. Y en España sucede lo mismo, si bien en la Constitución se le da el nombre de *castellano*, y en los documentos oficiales, cuando se menciona alguna de las otras tres lenguas del Estado –catalán, gallego y vasco–, también se prefiere ese nombre.

En el *Diccionario panhispánico de dudas* podemos ver esta explicación: “**español**. Para designar la lengua común de España y de muchas naciones de América, y que también se habla como propia en otras partes del mundo, son válidos los términos *castellano* y *español*. La polémica sobre cuál de estas denominaciones resulta más apropiada está hoy superada. El término *español* resulta más recomendable por carecer de ambigüedad, ya que se refiere de modo unívoco a la lengua que hablan hoy cerca de cuatrocientos millones de personas. Asimismo, es la denominación que se utiliza internacionalmente (*Spanish, espagnol, Spanisch, spagnolo*, etc.). Aun siendo también sinónimo de *español*, resulta preferible reservar el término *castellano* para referirse al dialecto románico nacido en el Reino de Castilla durante la Edad Media, o al dialecto del español que se habla actualmente en esta región. En España, se usa asimismo el nombre *castellano* cuando se alude a la lengua común del Estado en relación con las otras lenguas cooficiales en sus respectivos territorios autónomos, como el catalán, el gallego o el vasco.”

Solo para los dialectólogos se trata de dos realidades distintas: el *español* es la lengua general, mientras que el *castellano* es el dialecto hablado en Castilla, como el *murciano* es el hablado en la región de Murcia o el *rioplatense* es el hablado en la zona del Río de la Plata.

Hay diecinueve países americanos en los que el español es la lengua principal, a los que hay que sumar otro territorio que aunque no sea independiente sí puede considerarse como uno más: Puerto Rico. Además, en los Estados Unidos el español es la segunda lengua y el número de hablantes crece día a día. Y no podemos olvidar a nuestros hermanos de lengua que viven en África, en Guinea Ecuatorial, un país al que muchas

veces no mencionamos cuando hablamos del mapa del español en el mundo. También sigue viva nuestra lengua en la provincia marroquí que antes fue española, el Sahara Occidental y en el norte de Marruecos. Y mucho más lejos, al otro lado del mundo, en las islas Filipinas, también hay hablantes de español.

El hecho de que la nuestra sea una lengua tan extendida geográficamente implica que tenga muchas variedades que la enriquecen y que en ningún momento son obstáculo para que nos entendamos entre todos, pues además de esa diversidad gozamos de una unidad; es una lengua muy homogénea que permite que cualquier persona de cualquiera de los rincones del mundo hispanohablante se entienda bien con las de otros lugares. Hay, cómo no, ocasiones en las que puede resultarnos extraña alguna expresión o alguna palabra, pero ello no rompe el canal comunicativo y se queda como mera anécdota.

Es errónea la idea de que el español de América, el americano, sea más andaluz que castellano; lo es sí, en las zonas costeras y más cálidas de aquel continente, y en las Antillas, pero si nos vamos hacia las montañas, a tierras del interior, notaremos cómo la lengua de esas zonas es mucho más parecida a la de Burgos, Valladolid o Zaragoza que a la de Cádiz o Sevilla.

Un hablante de Caracas, de La Habana o de Cartagena de Indias sí habla parecido a uno del sur de Andalucía; pero un hablante de Quito, Lima, Bogotá o la capital de México, si dejamos aparte el seseo, habla de forma más cercana a la del centro de la Península Ibérica, a lo que hoy conocemos como “español centropeninsular norteño”. Variante, esta última, que también se da en el caso de Guinea Ecuatorial y del Sahara. Podemos hablar, pues, de dos formas de español: el de las zonas costeras –más evolucionado– y el del interior –más arcaizante. A grandes rasgos, el español presenta dos tipos de variedades que se encuentran tanto en España como en América: las variedades conservadoras, como el español del norte de España, el del altiplano mexicano o el de los Andes, y las modalidades innovadoras, como el español de Andalucía y Canarias, el del Caribe, el de Chile o el del Río de la Plata.

El gran filólogo español y mexicano Juan Miguel Lope Blanch, principal estudioso de las normas cultas de las capitales del mundo hispano, afirmaba: “no es posible establecer una división clara entre los dialectos americanos y los europeos; la situación real es mucho más compleja. La lengua es la misma en los dos mundos, y sus dialectos se entrecruzan en uno y otro muy complejamente. Si se ha podido hablar del andalucismo de ciertas hablas americanas ha sido porque en estas se encuentran rasgos andaluces que no existen en las demás hablas ibéricas, en tanto que el castellanismo de otras hablas americanas –como la mexicana del altiplano– permite oponerlas a las andaluzadas y emparentarlas con el dialecto castellano”.

Durante bastantes años se tomó como modelo de pronunciación la norma culta de Madrid de la primera mitad del siglo XX, y así lo decía el lingüista Tomás Navarro Tomás en su *Manual de pronunciación española*: “Esta pronunciación, pues, castellana, sin vulgarismos y culta sin afectación, estudiada principalmente en el ambiente universitario madrileño, es la que en el presente libro se pretende describir. Llamémosla correcta, sin otro objetivo que el de distinguirla de la pronunciación vulgar”. Ello hizo que esa fuera la variante mejor considerada del español tanto en España como al otro lado del Atlántico, y aún hoy ocurre que gentes de otras zonas perciben al dialecto madrileño como la forma más adecuada e incluso más bonita de hablar nuestra lengua. Es muy habitual, cuando los que hablan en la variante centropeninsular viajan a América, que algunos hablantes de allá le echen piropos a nuestro español y digan frases como “¡qué lindo habla usted!”

Vayámonos ahora a la Isla del Hierro. Quienes afirman que es allí donde mejor se habla el español se basan en el hecho de que, tras la conquista, estuvo aislada durante muchos años; de ahí que se conservara mejor la lengua que llevaron los españoles. Quienes así piensan son los que creen que una lengua es mejor cuanto más arcaica es y cuanto menos contacto ha tenido con otras y cuanto menos ha evolucionado.

Saltemos ahora el charco y vayámonos al Perú, país que para muchos es el sitio –casi nunca se atreven a precisar que se refieren a Lima– donde mejor se habla el español, y lo dicen basándose en la suposición de que aquel acento es el más

neutro de todos los que tiene el español, y también hablan de un estudio de la Facultad de Lingüística de la Universidad de Chile (país con el que siempre están peleándose) en el que se afirma que es el Perú donde mejor español se habla, pues los peruanos pronuncian bien y marcan todas las letras, debido a que Lima fue la capital del imperio español en Sudamérica, hecho que convirtió a su hablar en el más castizo de la región. Ese mismo estudio chileno concluye que donde peor se habla el español es en el propio Chile y en la Argentina.

Si seguimos nuestro camino hacia el norte, entramos en territorio del Ecuador, y allí, es ese país, está una ciudad que presume de ser el sitio donde se habla el mejor castellano del mundo, claro y entendible; se trata de Loja, también conocida como “la Ciudad Castellana”.

El siguiente país por la carretera panamericana hacia arriba es Colombia, otro de los lugares donde mucha gente asegura que se habla el mejor español, si bien quienes hacen esa afirmación nunca se detienen a precisar si dónde se habla bien es en Barranquilla, en Manizales, en Bogotá, en Pasto o en Bucaramanga. Esa afirmación puede estar basada en que durante una época (entre los siglos XIX y XX), hubo unos cuantos políticos gramáticos que dieron mucha importancia a la retórica y al dominio del lenguaje, algunos de los cuales incluso fueron presidentes de la república, como Miguel Antonio Caro o Marco Fidel Suárez, lo que dejó cierta impronta entre la intelectualidad colombiana, y aún hoy en las clases más cultivadas se sigue prestando atención al buen uso del español; pero, ¿y el pueblo llano?, ¿son conscientes todos los colombianos de lo que pasó entonces y todos miman su idioma?

Y antes de volver a España siguiendo esta ruta en busca del mejor español, quizá deberíamos hacer una parada en Los Estados Unidos de América y entrevistarnos con algunos hispanohablantes de cultura media en Miami, Los Ángeles, Nueva York o Chicago. Yo tengo la suerte de conocer a muchas personas de ese país que se comunican en nuestra lengua y les puedo asegurar que lo hacen con tanta corrección como los de la Isla del Hierro, de Lima, de Loja, de Bogotá o de Valladolid. Claro ejemplo es el buen uso del español en los grandes medios de comunicación estadounidenses, especialmente la televisión y la prensa escrita.

El director de la Academia Norteamericana de la Lengua Española, Gerardo Piña-Rosales explica que se trata de un neoespañol en formación, que no se diferencia de los demás en la sintaxis, sino en el léxico que responde a la vida cultural de Estados Unidos. Añade Piña-Rosales que el español de Estados Unidos indudablemente ya está inmerso en un proceso que está mejorando su calidad debido al ascenso social de los hispanohablantes, y que mucha gente tiene una noción bastante equivocada de lo que es el español en los Estados Unidos. Se trata de un español al que tanto sus hablantes como la Academia Norteamericana cuidan mucho y por ello están logrando que sea lo más correcto posible.

Habría, pues, que pensar que si hoy se habla tanto del inglés internacional como modelo de esa lengua, y que ese inglés es el de la gente culta de los Estados Unidos, no sería raro que algún día el modelo de español internacional fuera también el de los Estados Unidos, país que allá por el 2050 se calcula que será el país que contará con mayor número de hispanohablantes, por encima de México y de España.

Nos toca ya tomar el avión de regreso a España y acercarnos a Valladolid, que es también para mucha gente (quienes lo dicen suelen ser de Valladolid) el sitio donde mejor se habla el español. Y así se afirma en la página oficial de la Fundación de la Lengua Española, en una sección de la Asociación de centros de enseñanza de español de Valladolid, donde se dice que esta ciudad está catalogada con la etiqueta de “el mejor español del mundo”.

Decir eso, sea donde sea, es bueno, pues conlleva que las gentes de un lugar tengan a gala usar bien nuestra lengua, pues ello los lleva a cuidarla y a presumir de ella, cosa que hacen muy bien las gentes de la Isla del Hierro, de Lima, de Loja, de Bogotá y, por qué no, de Valladolid, y con ello dan prestigio a sus ciudades.

Además de *castellano*, *español* y *americano*, nuestra lengua tiene otro nombre, el que desde hace siglos usan los indios de Guatemala y de algunas zonas de México, el nombre que aún hoy podemos escuchar cuando vamos por aquellas tierras y conversamos con sus indígenas; esas gentes llaman *castiia* a nuestra lengua, y para afirmar que alguien la habla bien dicen que “habla puro castiia”.